La puerta de la fe

La fe, dice Benedicto XVI, es como una puerta, porque resulta la entrada a una vida nueva. Nueva no por un cambio accidental en el estilo de vida, sino más bien por una presencia diferente que modifica el modo de pensar, de amar, la escala de valores y las decisiones más importantes de una persona.

Los cristianos sabemos, por experiencia personal, que efectivamente es así. La fe ha significado para nosotros el ingreso a un estilo de vida nuevo, que no es nuestro sino el resultado de la presencia de Dios en nuestras vidas. No hemos podido ver a Dios con los ojos corporales, tampoco hemos tenido acceso a una demostración racional que nos acerque a evidencias, sin embargo, no dudamos en reconocer que hay efectos notables en nuestra existencia que nos hablan de la presencia divina.

Esta vida nueva a la que hemos “ingresado” por la fe no es fruto de una perspectiva inspirada en una filosofía propia o ajena, es el descubrimiento de una Verdad Absoluta que le ha dado un sentido trascendente a nuestra existencia terrenal. Para ser más precisos, deberíamos tener presente que la fe es un conocimiento sobrenatural, un don divino que nos impulsa a creer en Dios, a creerle lo que nos enseña. A partir de ese descubrimiento, comienza un diálogo con Él, puesto que todo lo que aprendemos por la fe (el hecho de que Dios sea una persona, por ejemplo) cambia el sentido de nuestra vida. Los cristianos creemos en Dios que habla, que nos escucha y que nos ama. Y a medida que hablamos más con El en la oración y profundizamos en su conocimiento, percibimos cada vez con mayor claridad la presencia interior de las Personas Divinas en nuestra interioridad.

La fe es una puerta, puesto que por ella hemos ingresado a una vida nueva, o más bien, han ingresado en nuestra vida tres Personas con las que compartimos nuestra existencia y que se han convertido en las más importantes. La presencia de Dios nos aporta seguridad porque sabemos que tenemos a quien recurrir en medio de las vicisitudes de nuestra vida. La puerta de la fe nos muestra una realidad que nos transmite serenidad: ¡no estamos solos! De manera que toda la fragilidad propia de nuestra condición humana que experimentamos irremediablemente en algún momento no se convierte en una angustia sin salida que termina en la desesperación y la depresión.

La fe nos señala un fin nuevo, trascendente, que nos permite evitar el encierro y la frustración propia de los idealismos imanentistas. Si la fe no nos abriera esa puerta a “otra realidad”, seguramente convertiríamos las realizaciones temporales, personales, profesionales o sociales en un fin en sí mismos y terminaríamos experimentando las desilusiones que han dejado las ideologías en los últimos siglos.

Si los creyentes miráramos hacia atrás en nuestras historias personales seguramente podríamos descubrir cómo a partir del encuentro con Dios en la fe, la vida ha tomado una dirección y un valor trascendentes y que debemos no sólo agradecer por lo que recibimos, sino también ocuparnos por abrir esta puerta a quienes buscan una verdadera realización del hombre.

Más aún, estamos convencidos de que, en una sociedad posmoderna, desencantada del fracaso de la Modernidad, un humanismo integral, por así decirlo, puede aportar una perspectiva de esperanza que no ha sido posible construir cerrando de diversas maneras la puerta por la que el hombre puede acceder al Ser que le da sentido a su existencia.

Ojalá las investigaciones y reflexiones que publicamos en este espacio virtual sirvan no sólo para mostrar nuestra capacidad de estudio, sino una visión del hombre que se animó a ingresar por esta “gran puerta” que es la Fe.

Pbro. Dr. Alejandro Ramos

Director